

Discurso de Perón llamando a la conciliación nacional luego del bombardeo a Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955

6 de julio de 1955

Juan Domingo Perón

Fuente

Julio Godio, La caída de Perón (de junio a setiembre de 1955), vol.2. Biblioteca política argentina nro. 115, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Exigido por asuntos urgentes de mi función, a fin de regularizar cuanto antes una parte de la vida de la Nación perturbada por los hechos criminales del 16, no he podido, como de costumbre, tomar contacto directo con el pueblo. Por eso, instalado de nuevo en la Casa de Gobierno, restaurada en parte, deseo servirme de la radio para llegar a él con mi palabra.

Numerosas vidas inocentes han sido tronchadas por el criminal intento, como asimismo muchos heridos han soportado las consecuencias. En ambos casos han merecido nuestra preocupación, con el cariño que merecen esos héroes anónimos del pueblo humilde, abatidos por la infamia y la fatalidad. Queda el saldo como un estigma imborrable de infamia sobre los autores e instigadores de un crimen de lesa patria y lesa humanidad. El pueblo marcará con caracteres indelebles en la historia criminal argentina el nombre de los causantes, para que en cien generaciones no se olvide.

Nosotros debemos seguir adelante, porque tenemos mucho que hacer. En estos últimos días algunos ambientes han sido perturbados por la propia psicosis que deja la lucha; en ellos siempre hay más de miedo que de realidad. En ciertos círculos se ha notado una agitación que no es natural, sino provocada por los que no se conforman aún con la aplastante derrota del 16 y desean ahora realizar una sedición por teléfono.

En cambio, el pueblo y los ambientes políticos serios están tranquilos. Subsiste una marejada superficial que el tiempo va superando. Hay una psicología del rumor que todos ya conocemos para que pueda impresionarnos.

La situación ha sido normalizada en la Capital Federal, que era únicamente donde se había alterado; fuera de la avenida General Paz no ha habido problemas.

Comprenderán ahora los compañeros del pueblo por qué les pedí que se quedaran en casa y siguieran normalmente sus actividades, como asimismo

por qué no se permitieron actos partidarios ni demostraciones; los perturbadores habrían encontrado el clima para sentirse muchos, cuando en realidad son unos poquitos.

Es claro que cuando se sintieron defraudados porque nosotros no provocábamos violencias ni cometíamos desmanes, se lanzaron a propalar rumores sobre la pérdida del poder del Gobierno. Digo esto para llevar la absoluta tranquilidad al pueblo de la República, que insistentemente y por diversos medios nos ha hecho llegar sus inquietudes.

Tengo la convicción de que ésta ha sido una sedición militar ejecutada por algunas unidades de la Marina, con la intención de asesinar al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Para realizarla han contado con la ayuda de grupos de civiles reclutados en otros medios que no son políticos. Las fuerzas políticas no han participado en su condición de tales, aunque algunos de sus hombres puedan haberlo hecho en carácter personal. A través de mis largos años de lucha he aprendido a apreciar y a juzgar ecuánimemente aun a nuestros enemigos, y deseo reconocer lealmente que considero que los partidos políticos populares no son capaces de aceptar que se tire criminalmente sobre el pueblo indefenso. Considero también que ellos son ahora más partidarios de la legalidad que de la violencia y que cada día son menos los dirigentes políticos que anhelan la perturbación y no la paz.

Ni la prudencia ni la sabiduría están reñidas con el valor; por eso el 16 de junio debe ser una elocuente lección para todos. En la lucha interna ni aun las victorias pueden alegrarnos, porque en último análisis son victorias sobre nosotros mismos. En cambio, deben mostrarnos lo destructivo de la violencia accionando sobre la ley, la razón y la justicia.

Es después de estas crisis en que la violencia impera, cuando el hombre consciente puede precisar más claramente la necesidad de mantener la paz e imponer la ley y el derecho.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Dios quiera que esta dura lección nos sirva a todos por igual para persuadirnos de la necesidad de afirmar el derecho soberano del pueblo, que se impone por el único medio conocido: las decisiones de su mayoría. Dios quiera, también, que nuestros enconados enemigos depongan sus odios y sofrenen su venganza, convencidos de su impotencia frente al pueblo y de lo injusto de pretender imponer la voluntad de una minoría sobre la totalidad del pueblo argentino.

Hemos oído, por primera vez en muchos años, algunas voces de la oposición reclamando la paz y el entendimiento entre los argentinos. Nosotros venimos pidiendo lo mismo desde hace diez años, sin que nos escucharan. Hoy les agradecemos que lo digan y nos disponemos a hacerlo para que lo hagan. Podemos decirles que en nosotros encontrarán la buena voluntad y la decisión necesarias para lograrlo y que, así como somos duros y enérgicos en la lucha por la defensa de nuestra causa, somos también justos y ecuanímenes para proceder y humildes y amistosos para cooperar en las causas comunes.

Nunca hemos olvidado -y lo repetimos comúnmente— que el interés supremo es la patria; que nuestro movimiento no tendría razón de ser si no sirviera al pueblo, y que los hombres que lo servimos somos combustible destinado a quemarse para alimentar su marcha. Hay un interés común a todos los argentinos en contra del cual no puede estar ningún ciudadano: luego, peronistas y opositores tenemos algo en común. Pongámonos de acuerdo para servirlo, aunque en las demás cosas disintamos.

Somos ya demasiados los peronistas, para que pretendamos convertir a nuestros adversarios. Si hasta ahora los hemos combatido con todos los medios, ha sido simplemente porque hemos estado convencidos de que eran partidarios de la violencia y no del entendimiento para actuar mediante la lucha política pacífica, porque los hemos considerado enemigos y no simplemente adversarios. Ellos saben que ciertas razones teníamos para eso.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Los hechos pasados, en cambio, nos han mostrado un panorama distinto, ya que las excepciones confirman las reglas. Estos hechos son más elocuentes para nosotros que muchas conferencias y declaraciones. Aceptado esto, nos disponemos con la mayor buena voluntad a escuchar a los hombres responsables, que encontrarán en nosotros no sólo la sinceridad y lealtad que anhelan, sino también la buena voluntad y consideración que nos merecen como compatriotas y conciudadanos. Deben estar convencidos que no omitiremos esfuerzos ni sacrificios en el servicio de la Nación, y que la pacificación de ella es y ha sido siempre un imperativo de nuestro deber.

Si animados de esos sentimientos buscamos la coexistencia y convivencia, no han de faltar arbitrios para lograrlas y no ha de ser tan difícil llegar a acuerdos que hagan menos dura y menos estéril la lucha que sostienen y sostenemos.

No creemos que nuestros adversarios deseen ni puedan anular las conquistas que hemos asegurado al pueblo argentino y a la República. Quizá, sí, puedan perfeccionarlas, y ello será justamente agradecido si lo logran. No peligrando la justicia social, la independencia económica ni la soberanía, el pueblo argentino aceptará de buen grado todo entendimiento sobre las formas de la acción política coexistente y convivente, de modo que podemos descartar su aceptación, tanto de un lado como de otro, si los dirigentes obramos con la sinceridad y lealtad que el pueblo nos presupone.

Nuestra sinceridad se infiere de nuestras propias palabras, en estos momentos en que, ni ofuscados por los hechos ni conturbados por las circunstancias, ofrecemos nuestra mano abierta con franco desinterés, deseando que nuestros adversarios atinen a asirla.

Para demostrar nuestra buena voluntad conjunta y nuestra disciplina partidaria, pido a todos nuestros compañeros una tregua en la lucha política. En ella esperaremos el resultado de este llamado sincero, sin impresionarnos mayormente con los comentarios que seguramente surgirán de los ambientes malintencionados.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Como en los tiempos de nuestra vigilia pasada, la consigna sigue siendo la misma: del trabajo a casa y de casa al trabajo. Siempre atentos y vigilantes.